

Prólogo

El valor del dinero

Es bien sabido que el dinero ocupa un lugar muy importante en nuestras vidas. Trabajamos, compramos y vendemos..., por dinero, que hoy es el principal medio de adquirir bienes y servicios, saldar deudas o pagar impuestos. El dinero es una herramienta como lo es un martillo o una batidora, y hay personas que saben manejarlo y otras que lo malgastan o lo pierden como si fuera eso, un martillo o una batidora. También hay quienes piensan que el dinero es, de entre todas sus herramientas, la más valiosa, porque con ella se puede conseguir cualquier cosa. Son esos a los que el escritor estadounidense O. Henry llama «califas del dinero», y que están convencidos de que con él lo pueden todo. Pero no es así, de sobra sabemos

que hay muchas cosas que no se pueden ni comprar ni vender.

Su historia

Igual que todo lo que usa y disfruta el ser humano, también el dinero tiene su historia, que comenzó cuando los miembros de una sociedad establecieron entre sí el uso de un objeto de valor que les sirviera como medio de pago y medición de sus pertenencias. En épocas anteriores al empleo de las monedas, los antiguos griegos, por ejemplo, medían el valor de sus posesiones en bueyes; en otras culturas primitivas, los cerdos, el arroz, el trigo, el cobre, las pieles de castor, el bacalao..., sirvieron como instrumento de valor o modo de pago en aquellas comunidades donde ese producto escaseaba, hasta que el trueque de productos dejó paso a la moneda y esta se convirtió en objeto de medición del valor de los bienes. De ese modo, cada individuo del grupo pudo contabilizar sus propiedades y adquirir un determinado poder dentro de su comunidad. Es decir que, ya desde muy antiguo, la posesión de ciertos bienes signifi-

caba también la ostentación de cierto poder, el cual siempre estaba en relación con los mayores o menores bienes que poseyeran los demás, pues el poder, como la riqueza material, se mide siempre en relación con los demás. Precisamente respecto de los demás miembros de su grupo, cada individuo posee sus propias cuotas de prestigio en la escala social. Y eso es lo que establece las diferencias entre unos y otros, entre ricos y pobres, adjetivos ambos que, ante el valor del dinero, adquieren un significado a veces extraordinario y que no atañen solo a individuos dentro de un grupo o comunidad, sino también a comunidades, pueblos, regiones y países enteros.

Así pues, además de en monedas, billetes o cifras impresas en cualquier otro soporte, el dinero se ha convertido en un signo que divide a las personas en dos grandes categorías casi opuestas: la de los que lo tienen y la de los que carecen de él. Y ocurre que, a ambos lados, se desenvuelven quienes lo ganan y lo pierden, quienes lo valoran o lo desprecian, quienes viven o mueren por él y quienes lo atesoran como el valor supremo de su exis-

tencia, quienes lo emplean como arma de poder, como tarjeta de presentación de su condición social o como un juguete caprichoso.

Su reflejo en los libros

Visto desde lejos —por ejemplo, a través del cine, la televisión o la propaganda turística—, a los ojos de un humilde pastor etíope, un país rico se asemeja al paraíso. Pero solo desde lejos, porque, si un buen día el pastor emigrara y se estableciera en ese país rico, descubriría que también allí existen marcadas diferencias entre los adinerados y los humildes, vería que abundan las personas que viven con menos de la mitad del salario mínimo, o sea, por debajo de lo que se llama el umbral de la pobreza.

Claro que, seguramente, ni a ese humilde pastor le interesan las estadísticas del país de acogida ni a sus ciudadanos les importan demasiado los millares de muertes por desnutrición que se dan en Etiopía y otros lugares empobrecidos, o la raquítica renta de un euro de que disponen para vivir diariamente más de tres millones de personas en el

lado más desafortunado del mundo. Estas y otras similares son cifras que se pierden en los informes de los expertos mundiales. A nosotros solo nos llegan sus ecos cada vez que se difunde una catástrofe natural (sequías, inundaciones, terremotos...) o social (guerras, golpes de Estado, revueltas sociales). Y de esos ecos hay quienes extraen peligrosas creencias que se van fijando en nuestra mentalidad colectiva, como la de culpar a los pobres de su propia pobreza o aplaudir a los afortunados que han sabido, con su esfuerzo, con su astucia o con su «buena suerte», amasar su riqueza.

No falta quien reproche a los miembros más pobres y desfavorecidos de la comunidad —bien se podría decir aquí del planeta, del país o del barrio— su incapacidad para adaptarse, su retraso social o cultural. A juicio de estas personas, no se merecen la ayuda que podría dárseles —en forma de inversiones, créditos, subvenciones o becas—, pues la despilfarrarían.

Hay también quienes creen que regalar dinero a los pobres —darles limosna— no sirve para combatir la pobreza, que así no se ataca el origen de sus

causas. Tampoco faltan, entre ricos y pobres, los seres miserables que intentan acaparar fortuna a cualquier precio o no desean desperdigarla en gastos que consideran excesivos. De todos ellos nos hablan estos cuentos. Y es que, desde los tiempos más remotos, tanto en la literatura popular como en la culta abundan las historias sobre ricos y pobres, sobre opulencia y escasez, y hasta sobre las trampas que algunos ingenian para conseguir ganancias sin esfuerzo ni escrúpulos.

Los que hemos elegido nos relatan situaciones muy distintas, en las que el dinero —su abundancia, su escasez o la obsesión por atesorarlo— desempeña un papel primordial en las vidas de muchos de sus protagonistas, aunque también los hay que apenas le dan más valor que el de permitirles hacer frente a las necesidades más inmediatas.

Son solo un puñado de los muchos relatos que podríamos encontrar en la obra de los grandes autores clásicos o en muchos de los cuentos populares de molineros, campesinos, potentados comerciantes y reyes, que habitan en el folclore de todas las culturas. Y todos llevan mensajes parecidos de

gratitud o de advertencia al lector universal, a ese que, viva en el país en que viva o en la época que sea, comparte similares sentimientos de ambición o generosidad, de apego o de desprecio por lo que el dinero nos proporciona.

Nuestra antología recoge cuentos pertenecientes a antiguas ediciones de *Las mil y una noches*, el *Panchatantra*, *El conde Lucanor* o el *Decamerón*, cuyo vocabulario hemos adaptado a un lenguaje más actual. En otros casos se trata de antiguas traducciones castellanas de obras extranjeras —S. Lagërlof, O. Henry, Chéjov, Tolstói...—, que también hemos querido adecuar al estilo de hoy. Junto a estos relatos, los hay también de autores clásicos castellanos —Clarín, Pardo Bazán— y de cuentistas más modernos y actuales —K. Mansfield, Agnès Agboton...—, que reproducimos fielmente con arreglo a las versiones que se nos ha autorizado a emplear para esta edición.

S. CALLEJA